

El Medio Universitario: Un Jardín de Encuentros y Transformaciones

Por: Catherine Bermejo Camacho

Profesora del departamento de Estudios del Lenguaje

Nuestro medio no es un lugar, es un pulso que marca el ritmo de nuestras experiencias. Cada clase, cada conversación en los pasillos, cada iniciativa estudiantil o proyecto de investigación es un latido que mantiene viva la universidad. En ese pulso se entrecruzan las inquietudes, los sueños y las voces de estudiantes, docentes y administrativos, generando una energía colectiva que impulsa el pensamiento crítico, el compromiso social y la búsqueda del sentido. Nuestro medio es el susurro de una voz que no se puede tocar con las manos, pero sí con el corazón. Allí, donde las palabras no solo se pronuncian sino se entrelazan; donde el conocimiento no se acumula sino se siembra, florece y se comparte, es donde emerge, cada día, la verdadera esencia de lo que significa ser parte de una comunidad.

El medio universitario javeriano es como un jardín vivo y diverso, en el que florecen todas las voces que lo habitan. Cada una/o aporta su color, su forma y su aroma particular, enriqueciendo un ecosistema donde el diálogo, el respeto y la colaboración son el suelo fértil que nutre la vida académica. En este jardín, las diferencias no separan, sino que se juntan como enredaderas para tejer una comunidad comprometida con el crecimiento integral y el bien común. Así, la Universidad Javeriana se convierte en un espacio donde florece la diversidad y se cultivan los valores que dan sentido a la vida universitaria.

En el entramado del medio universitario, los ecos de aquellas voces que resuenan en las aulas, los pasillos y los espacios de interacción nos invitan a una reflexión profunda sobre qué significa realmente vivirlo. ¿Qué desafíos y oportunidades nos ofrece? ¿Cómo podemos transformarlo para que sea un lugar de acogida y crecimiento integral para todas y todos? Las respuestas no son fijas, como bien nos señalan quienes lo habitan y lo construyen todos los días. Y, quizás, en esa transformación constante, en esa receta que se construye y reconstruye, se encuentra el verdadero sentido del medio universitario.

La persona, el corazón del jardín

Una de los transeúntes que recorre el jardín, nos recuerda que el centro de todo es la persona. Y en el centro de la persona, en lo más profundo, florece la necesidad de bienestar. Un bienestar que no es solo físico, ni académico, sino que se extiende como rama hacia cada rincón de la vida. La universidad, más que un edificio de ladrillos y libros, es el espacio que acoge, que mira al otro y se pregunta: ¿cómo puedo nutrirte en tu totalidad?

Y es que, en estos caminos en los que nos cruzamos con la/el otra/o, no hay espacio para la indiferencia. Una de las mujeres que ayuda a regar las plantas de ese jardín en sus disposiciones administrativas, lo sabe. Habla de comunidad, pero no de una comunidad rígida y estática, sino líquida: que se construye, se cuestiona, se ajusta a cada paso. “El medio universitario no tiene receta fija”, nos dice, porque en esta receta, cada uno de nosotros es el ingrediente único que transforma la mezcla. No es un proceso pasivo, sino activo, en el que todas y todos aportamos algo de nuestra esencia, de nuestra visión, de nuestra experiencia.

De las aulas a los rincones del corazón

Quienes nos enseñan sobre el cuidado del jardín, ven la universidad como algo más grande que un aula. Las y los maestros de este lugar ven que la comunidad no solo se construye en la formalidad del espacio académico, sino en cada esquina, en cada conversación, en cada gesto espontáneo de solidaridad. La universidad se convierte en una multiplicidad de espacios donde más que aprender lecciones, nos encontramos con otras/os, con nosotras/os mismas/os. El aula no está delimitada por sus paredes. El aula se expande a la cafetería, al pasillo, al banco en el jardín, donde las ideas siguen fluyendo, donde los horizontes se amplían.

Para las maestras y maestros, la infraestructura es un abrazo tangible, de esos que nos rodean y nos permiten ser; pero ese abrazo también trasciende lo físico. El jardín se convierte en una red invisible que conecta los corazones de los que se encuentran allí. El medio universitario más allá de ser una estructura, posibilita que todas y todos enseñemos y aprendamos en una

conversación continua, en un espacio para el diálogo constante sobre lo que somos y lo que podemos llegar a ser.

Las tensiones y los silencios de la transformación

Aun así, no todo en este jardín florece sin esfuerzo. En el suelo fértil, a veces, surgen grietas, y la visión del medio universitario se disuelve en distancias que no queremos ver. Quien hace parte activa de ese medio como estamento, lo siente como una responsabilidad que no se puede cargar sobre un solo hombro. “Es un trabajo diario e interminable”, nos dice, como quien sabe que el jardín necesita ser cuidado con paciencia y con un amor que no cansa. La universidad, como espacio colectivo, se construye en plural, con los ecos de todas las voces, de todas las ideas, de todas las formas de ser. Y para eso necesitamos más que palabras; necesitamos acciones que sostengan esos ideales, que se conviertan en el cemento invisible de un medio que se reconstruye cada día.

Y, entonces, llega el momento de la reflexión: se nos invita a preguntarnos, no solo si vivimos el medio, sino cómo lo vivimos. “¿Es un saber consciente?”, se nos interpela. No basta con existir en este espacio, es necesario ser plenamente conscientes de nuestra capacidad de transformarlo. La universidad no es solo un espacio en el que estamos, es un espacio que se hace, que se teje y se desteje a cada segundo.

El medio universitario, nos recuerda otra de nuestras paisajistas, no es sinónimo de *campus*. Es sinónimo de *comunidad*, de red que se extiende más allá de los límites conocidos. Es el lazo invisible de quienes están dentro y fuera: de los egresados que miran desde la distancia, de los profesores que enseñan desde su corazón, de los administrativos que sostienen el equilibrio. Es un lugar sin fronteras, como un río que fluye más allá de su cauce, como una conversación que nunca termina.

El medio universitario es un “salvavidas” que nos ayuda a salir de nosotros mismos. Es un respiro en medio del caos, una pausa para la reflexión, un espacio para encontrarnos. Y en ese espacio, nos damos cuenta de que “nadie se salva solo”. La universidad es un lugar donde se construye en colectivo sin dejar de lado la singularidad de cada una/o de sus miembros.

Un lugar donde se aprende, no solo con los libros, sino con los cuerpos, con las emociones, con los abrazos compartidos.

El medio querido: una creación colectiva

Y en esa creación colectiva, en ese jardín compartido, todos somos jardineros y todos somos semillas. Una de nuestras jardineras lo precisa: “la universidad nos acoge, pero también nos transforma”. Nos ofrece las herramientas para que podamos crecer, pero también nos da el espacio para que, desde nuestra interioridad, podamos dar algo a los demás. Aquí, no solo se forma al ser académico, sino al ser humano.

El medio universitario no es solo un espacio donde se acumulan conocimientos; es un viaje compartido, un proyecto que crece, que se adapta y se transforma. Es un jardín que florece cada día con la contribución de cada una/o de nosotras/os. El reto es claro: construir ese medio querido, con las manos abiertas, con el corazón dispuesto. Y, sobre todo, recordando que ese jardín solo será posible si lo cuidamos con amor y con conciencia. Porque, al final, el medio universitario no es un destino, sino un proceso. Un proceso en el que todos somos protagonistas, pero también testigos de la belleza que surge cuando nos damos la oportunidad de ser parte de algo más grande que nosotras/os mismas/os.

Bogotá.